

bajaron con él á la llanura de Croya, y cortando en dos á sus enemigos combatieron en un solo dia, separadamente, al ejército de Hamza y al de Balaban-bajá.

Antes de que se hallase el sol en la mitad de su carrera, sobre la estrecha llanura de Croya, las tropas de Hamza y de Moses, desalentadas por la presencia y fama de Scander-Beg, se habian dispersado por las gargantas y los bosques. Hamza y Moses abandonados de sus cómplices, habian caido sin combatir en poder de los albaneses patriotas, y fueron conducidos cargados de cadenas á los piés del héroe á quien habian vendido. Scander-Beg fuera por humanidad ó por política, mandó que quitaran las cadenas á su sobrino y á su antiguo amigo, y ordenó á sus oficiales que los llevaran cautivos á Croya.

XXVII

Un cambio rápido de frente, puso de cara á sus sesenta mil albaneses con el ejército de Balaban-bajá que se movia demasiado tarde para socorrer á Hamza. La victoria de aquella mañana y los seis mil guar-

dias de Scander-Beg que salieron de la ciudad habian infundido un doble aliento á los vencedores. Los turcos consternados ántes de combatir, seguian con timidez al intrépido Balaban que les alentaba en nombre de la religion y de su gloria. Solo los genizaros parecian resueltos á rescatar tantos descabros con la victoria ó con la muerte.

Balaban lanzando su caballo hasta cerca de las murallas, arengaba de léjos á los ciudadanos para decidirles á que abandonaran á su tirano, cuando una bala disparada de las fortificaciones por un buen tirador albanés le cortó la palabra, pegándole en la garganta. El bajá, volvió maquinalmente las riendas de su caballo hácia su campo, y el animal le llevó muerto hasta su tienda, donde su cadáver inanimado rodó delante de sus soldados.

Su muerte fué la derrota del ejército; privado de jefe, acosado por los montañeses de Scander-Beg por el lado de las gargantas de Tyranna, su única retirada, y perseguido por la guarnicion de Croya, no se escaparon de los ochenta mil turcos mas que algunos fugitivos que escalaron las rocas de aquel anfiteatro. Las poblaciones ocupadas por los turcos degollaron á sus guarniciones; por segunda vez la Albania se libertó enteramente: el alma de un solo hombre habia resucitado á todo un pueblo.

XXVIII

La victoria, la patria, la justicia, pedían á Scander-Beg la sangre de los traidores que se habian conjurado para matarle, y que habian conducido á los turcos hasta el corazon del pais. Hamza y Moses esperaban la muerte. Scander-Beg les mandó comparecer en su presencia á su vuelta á Croya. Hamza vertiendo lágrimas se prosternó á sus piés y pidió la vida.

« Os he educado y amado como á un hijo, le dijo Scander-Beg enternecido, y no me mancharé con vuestra sangre; recibid pues de mí segunda vez la vida y la libertad; si el arrepentimiento me devuelve vuestra ternura, expiad vuestra traicion con nuevos servicios á nuestra patria, y si debeis venderme otra vez, volveos con los turcos para decirles que Scander-Beg no teme á un enemigo mas. »

Moses recibió tambien reconvencciones afectuosas por único castigo de su perfidia. Scander-Beg le dió un mando en su ejército.

Hamza conmovido, consagró sinceramente su sangre á su tio: « Pero, le dijo, mi mujer y mis hijos

« están en rehenes en Andrinople, en el serrallo del sultan; si Mahomet sabe que me habeis devuelto la libertad, creerá que me habeis vencido por culpa voluntaria mia á la cabeza de las tropas que me habia confiado para mataros, y mi mujer y mis hijos expiarán en el suplicio la traicion que me será imputada por nuestros enemigos. Mandad que me lleven de nuevo á un calabozo con esas cadenas; guardadme algunos dias como un cautivo que espera la muerte; que una mano se creta me abra despues la cárcel, y que se diga que me he escapado una noche escalando las murallas para buscar un refugio contra vuestra ira en la corte de Mahomet, y de este modo el sultan verá en mí un aliado desgraciado, pero fiel, me devolverá á mi mujer y á mis hijos, me confiará sus planes contra vos, y cuando haya reconquistado su confianza, cuando esté al corriente de sus secretos y tenga asegurada la fuga de mi familia, yo mismo volveré y venderé en favor de mi patria al enemigo de los albaneses. »

Scander-Beg acostumbrado á estas astucias de sus bárbaros compatriotas, consintió en el deseo de su sobrino. Hamza, de acuerdo con su tio huyó á Constantinopla, y se granjeó de nuevo en apariencia los favores de Mahomet; pero pocos meses despues mu-

rió envenenado, dejando á su mujer y á sus hijos en poder de los turcos. Mahomet informado por sus espías de la astucia, se adelantó á la traicion con el suplicio.

XXIX

Aquellos descabros, la muerte de tantos generales y tantos ejércitos devorados sin gloria por la obstinacion de un solo hombre, hubieron de sumerjir á Mahomet II en una impaciencia febril parecida á la que le causaron los insomnios de Constantinopla. Sus visires temian por su vida ó por sus cabezas. El sultan, al principio de la primavera, entró en persona por todos los caminos de la Albania, á la cabeza de doscientos cincuenta mil hombres. Llevaba en su compañía ingenieros europeos, artilleros cristianos, mineros armenios, cañones de sitio iguales en calibre á los que habian pulverizado las torres de Bizancio. Ni murallas ni rocas podian abrigar ya la independencia de la Albania, que fué conquistada lentamente, roca por roca, ciudadela por ciudadela, sin que jamás pudiera decirse por eso que estaba dominada.

Scander-Beg, salido de Croya con un puñado de patriotas, cargaba á los ejércitos otomanos por su flanco, disputando lo que ellos atacaban y recordando lo que ya habian conquistado. El rey de la Albania se habia convertido de nuevo en jefe de bandidos; pero estos bandidos eran héroes. Sus muchas hazañas, cantadas en las epopeyas populares de aquellos montes, se pierden en la noche de las fábulas.

Mahomet cruzó en todos sentidos la Albania desde el mar de Durazzo hasta las cúspides de la Bulgaria, sin dejar otra cosa libre que los hielos, los bosques y los precipicios donde Scander-Beg y sus postreros defensores expiaban el reflujo del ejército otomano para volver á levantar una patria sobre sus pasos.

Mahomet II despues de haberlo subyugado todo, retiró sus tropas de la Albania abandonándola á sí misma para evitar nuevos desastres á sus guarniciones, y se limitó á establecer un cordon permanente de sesenta mil infantes al rededor de aquellas provincias, bajo el mando de los generales encargados de vigilar y contener á los albaneses.

XXX

Apénas habia replegado sus ejércitos, cuando Scander-Beg, saliendo de sus guaridas, volvió á presentarse en todas las ciudades y aldeas, convocando á todos los jefes para una liga general cuya asamblea debia reunirse en Lyssus, ciudad marítima de las fronteras de la Albania, donde habia enviado ya á su mujer y á su niño, muy tierno todavía.

Los príncipes, jefes y generales de todos los albaneses acudieron á su llamamiento para acordar la insurreccion y la independencia de su patria. Venecia, Génova, el papa, el rey de Nápoles, el rey de Hungría y el duque de Borgoña, les cubrian con su alianza y les daban subsidios.

Scander-Beg era para el occidente el último campeón del cristianismo contra la invasion del islam. Las rocas de la Iliria reemplazaban entónces para ellos las murallas de Constantinopla. La asamblea se abrió en la iglesia mas grande de Lyssus ó Alessio. El discurso de Scander-Beg á sus confederados, que nos ha sido transmitido por varios testigos venecia-

nos de aquella representacion nacional, recuerda las arengas de los héroes de Homero. El guerrero de la Albania era al mismo tiempo, como en los dias antiguos del Epiro, su orador y su pòeta. En esa arenga larga y confusa como las conversaciones sin arte de un jefe de tribu con sus compañeros, se encuentran acentos que llegan al alma, y que solo la elocuencia heroica sabé hallar en la autoridad de la sangre vertida en comun por la patria.

« Compañeros : hace hoy veintitres años, dijo Scander-Beg, que gracias á mi audacia y á mi puñal « pude escaparme del cautiverio de aquel Amurat « que me habia robado á mi padre, y que volví al « país de mis antepasados; desde entonces la Providen- « cia me ha protegido bien lo mismo que mi espada, y « jamás en tantos combates he sido herido, sin haber « traído y arrojado á vuestros piés la cabeza del turco « que me hirió con su sable ó con su flecha.

« Ahora tengo sesenta y tres años, me inclino há- « cia la vejez, estoy acribillado de heridas y padezco « enfermedades producidas por el largo cansancio de « una guerra sin tregua. No hay que quejarse de es- « to, la ley de los hombres así es, las necesidades de « la naturaleza no son nunca un mal, pero mientras « conservo todavía fuerza y claridad en mi espíritu, « he querido hablaros para recomendaros despues

« de mi muerte, la union, la concordia y la constancia que solas con Dios pueden asegurar la victoria y la felicidad de la patria.

« Tengo un hijo, amigos y confederados, que os recomiendo. En su edad frágil y tierna todavía, sin lengua para hablar, no podria defenderse por sí mismo contra las agresiones y calamidades que le prepararán los turcos cuando su padre ya no exista. En toda mi vida he tenido ni descanso, ni ocio, ni lugar, ni horas fijas para comer ó dormir; las noches y los dias han sido todo uno para mí; lealmente he repartido todos los despojos con vosotros, que participásteis de todos mis peligros, tareas y combates; ahora bien, amigos míos, me muero, os dejo, me voy; tomad en mi lugar á mi hijo Juan que, por su imagen y semejanza con su padre, os ofrezco por mi vicario y capitan. »

A estas palabras, el obispo tomando al niño de los brazos de la princesa su madre anegada en llanto, le llevó de la mano hasta en medio de los guerreros de Scander-Beg delante del púlpito, y entonces Scander-Beg dirigiéndose al niño con una voz paternal y solemne á la vez; le dijo :

« Juan, hijo mio, ya ves que muero y que te dejo niño y *tiernecillo*. Si estás coligado te dejo un reino estable y firme seguramente, si nó, te queda un reino

« debil y dividido. Pero ten cuidado que si tomas demasiado jóven el mando de estos Estados en donde te verás acosado sin cesar por el tirano Mahomet II, se aprovechará de tu flaqueza; por eso en cuanto me cierres los ojos, irás á refugiarte con tu madre á la Calabria y en las ciudades de los príncipes cristianos, sobre todo entre el noble senado veneciano, que te restablecerá en tu reino así que hayas llegado á la adolescencia. »

Y luego, despues de largos consejos muy sabios y prudentes sobre la guerra contra los turcos, y sobre el buen gobierno de la patria, repuso Scander-Bey con lágrimas en los ojos :

« Por estas entrañas de padre, te suplico una y mil veces, hijo mio, que no hagas nada sin el consejo de tus parientes, amigos y fieles aquí presentes. »

XXXI

Al llegar á esta peroracion de su discurso, penetró de la ciudad en la iglesia la noticia de que quince mil turcos se acercaban á Lyssus y habian saqueado ya la ciudad próxima de Scutari de Iliria : « Compa-

« ñeros, salid, exclamó Scander-Beg, que á pesar de
« mi debilidad me armaré y en breve estaré con vo-
« sotros. »

En efecto, le vistieron con sus armas, le sostuvieron sobre su caballo, y salió al campo con un puñado de ginetes albaneses. Los turcos al aspecto de Scander-Beg cuyas armas y caballo conocian, pero cuya enfermedad ignoraban, huyeron ante la sombra de su exterminador.

Sus albaneses le llevaron á Lyssus triunfante, pero muerto; habia exhalado su postrer suspiro bajo su coraza, á caballo y sable en mano. La Albania moria con él. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de Lyssus, donde reposó como el cuerpo del santo protector de la Albania, hasta el dia en que Mahomet II habiendo conquistado Lyssus de los venecianos, los turcos que á su muerte perdieron el temor, pero no la admiracion que les inspiraba, buscaron su tumba, abrieron su féretro, y casi adoraron *muerto y disuelto*, como dicen las crónicas venecianas, al que consideraban cuando estaba en vida como el azote de sus ejércitos: « Sus huesos, que se disputaron entre sí sobre la tumba, fueron engastados en oro y plata como reliquias, y llegaron á ser para los genizaros talismanes de heroísmo que llevaban sobre sus pechos en sus campañas como ins-

« piraciones sobrenaturales de valor, y prendas de
« victoria con las que se prometian tambien ser in-
« vulnerables. »

XXXII

La fuerza de su brazo corria parejas con la intrepidez de su alma. Los albaneses y los turcos le comparaban con Hércules y Perseo. Su arma acostumbrada, cuyo manejo habia aprendido en los combates cuerpo á cuerpo contra los ginetes persas, mientras servia en el campo de los turcos, era el sable corvo de Damasco. La hoja del suyo pasaba de las proporciones ordinarias, y este sable habia adquirido tal celebridad, despues que partió en dos, delante de Croya, los cuerpos de Yacub-bajá y de Haider-bajá, sobrino de Balaban, que Mahomet le pidió como regalo por sus negociadores durante la tregua.

Scander-Beg envió al sultan el arma maravillosa, y Mahomet habiendo mandado que la probaran en su presencia sus guerreros mas fuertes sobre corazas y brazales, y no viendo en ella nada de extraordinario, se la devolvió á Scander-Beg.

« El milagro no está en la hoja, dijo Scander-Beg
« al que le llevó su sable, sino en el brazo. »

Después de su muerte, su viuda y su hijo erraron por las costas de Italia y no sobrevivieron mucho tiempo al héroe de la Albania. Aquellas provincias en donde Scander-Beg había personificado en él, hasta el prodigio, el patriotismo salvaje, el genio aventurero, el valor sobrenatural, el pillaje ordinario, y la fé dudosa, quedaron mal agregadas ora á los musulmanes, ora á los cristianos; patria de los aventureros de todas las religiones y de todas las causas, donde reclutaban los ejércitos otomanos intrépidos guerreros que por su audacia y por su inteligencia llegaban á las primeras funciones de la corte y de los campos alternativamente, como su héroe Scander-Beg, fueron los apoyos mas enérgicos y los mas peligrosos rebeldes del imperio. Su independencia nacional corta y sublime como un metéoro, no fué como su caracter, sino una aventura heroica de su nacionalidad: el heroismo hace un prodigio, pero únicamente la virtud constituye las naciones.

XXXIII

Libre por el lado de la Albania, irritado contra los venecianos que habian fomentado la guerra de Scander-Beg, Mahomet II se arrojó con todas sus fuerzas sobre la península de Negroponto, su posesion mas rica y su fortaleza mas inexpugnable en el fondo del Mediterráneo.

Negroponto era la antigua Eubea de los griegos; mitad continental, mitad insular, su posicion, sus puertos, su extension, su fertilidad, sus minas de hierro, su capital Chalcis, sus monumentos, sus templos, su lustre poético por los versos de Homero, su gloria histórica por la primera batalla naval de Temístocles contra los persas cerca de Artemisium; las largas rivalidades de Esparta, de Atenas, de la Macedonia, que se la disputaron; su comercio que enriquecia á Venecia; su puente fortificado con torreones que la abria ó la cerraba la entrada del continente; por último, las flotas y las tropas que Venecia sostenia allí en el corazon de los mares y de las tierras, á la sazón en poder de los otomanos, hacian de Negro-

ponto el Gibraltar de la Grecia, del Epiro y de la Tracia. Atacar á los venecianos en Negroponto era alcanzarlos en Venecia.

El gran visir Mahmud-bajá, destituido como hemos visto, despues de la guerra de Caramania, habia sido llamado de nuevo por Mahomet II que le habia elevado al rango de capitán-bajá ó de gran almirante de sus flotas. Mahmud se dió á la vela con ciento cincuenta buques mayores hácia la isla veneciana, en tanto que Mahomet avanzaba por tierra con cien mil hombres, y se acampaba sobre el mismo promontorio donde Jerjes alzó sus tiendas en frente del istmo fortificado que une con la tierra la isla de Eubea.

La flota de Venecia, intimidada por la primera vez á la vista de la inmensa flota de Mahmud-bajá, permaneció anclada vergonzosamente lejos del campo de batalla, bajo las baterías de la isla de Salamina en el golfo de Atenas. La tumba de Temístocles que el almirante veneciano Canale podia contemplar desde la cubierta de su buque, no le inspiró su heroismo. Mahmud-bajá pudo formar impunemente un puente flotante con sus buques anclados y ligados unos á otros para pasar del continente á la isla.

Solo la capital permaneció libre detrás de sus murallas. El gobernador Pablo Erizzo, digno de otros auxiliares, se defendió allí, mas para inmortalizarse

que para salvarse. Tres asaltos en diez y siete dias de sitio, precipitaron en vano á veinte mil turcos dentro de la mar ó de los fosos, pues un traidor, corrompido por el oro de Mahomet, Thomaso Schiavo di Lebano, que mandaba la artillería de los venecianos, le vendió la plaza. Erizzo, que descubrió demasiado tarde la perfidia, mandó ahorçar al traidor, cuyo cadáver quedó colgado á la ventana de su palacio para que sirviera de espanto á sus cómplices.

Un nuevo asalto, en el cual hasta las mujeres combatian sobre las brechas, costó la vida á quince mil otomanos que murieron á balazos ó bajo las rocas precipitadas de lo alto de las murallas. En el quinto asalto tomaron la ciudad, y Erizzo se quedó sin mas asilo que la ciudadela, donde viéndose acosado por una poblacion hambrienta capituló bajo condiciones de honor para sus soldados, y de salvacion para su pueblo. Mahomet prometió cuanto le pidieron, y cumplió sus promesas por un degüello general. Erizzo fué cortado en dos pedazós, y los venecianos fueron empalados, descuartizados y enterrados bajo las ruinas de sus bastiones; se concedió la vida á los griegos como súbditos del sultan, y fueron llevados en cautiverio á Constantinopla.

La hija única de Erizzo, veneciana digna del harén de Mahoma, fué presentada en homenaje al ase-

sino de su padre; Mahomet embriagado con sus encantos, quiso deshonrarla con su amor, y como ella se resistiera hasta la muerte, fué castigada por él por su dolor y su virtud, y los eunucos la mataron á puñaladas en los brazos de su profanador.

XXXIV

El capitán-bajá Mahmud pareció haber recobrado con aquella campaña la estimacion de su amo. Su rival, el gran visir Mohammed-bajá, que estaba léjos en Asia ocupado en una expedicion desgraciada contra los restos de la faccion de los Caramanes, perdió allí la mitad del ejército de Anatolia, y reemplazado en la dignidad de gran visir por Ishak-bajá, volvió á Constantinopla sin otra gloria que sus crímenes.

Ishak-bajá llevó otro ejército á Caramania para restablecer la autoridad de los turcos. Los dos hijos de Mahomet II, Bayezid ó Bajazet y Mustafá, el primero gobernador de Amasia, y el segundo gobernador de toda la Caramania le llevaron sus tropas. Mustafá se señaló en aquellas guerras intestinas con hazañas y gracias que le hicieron el ídolo de los genízaros,

y que principiaron á excitar las rivalidades de sus hermanos y los recelos de su padre.

El gran visir se apoderó de un castillo elevado en la cúspide de una roca del Tauro que domina la mar de Chipre con una altura de quinientos codos. Los restos de la familia de los Caraman-Oghli se habian retirado allí con doscientos parientes suyos. La sobrina de los dos príncipes caramanios refugiada en la Persia, fue robada y enviada á Mahomet, por su reputacion de hermosura. En breve el sultan pasó al Asia, para combatir contra el ejército de los persas y de los turcomanos que acababan de atravesar la Siria con intencion de restablecer en la Caramania la soberanía de los príncipes caramanios.

Mahmud-bajá que volvió á entrar en gracia despues de la conquista de Negroponto fué restablecido ántes de la marcha del sultan, en el empleo de gran visir, para que los armamentos se hicieran con el órden, la prontitud y el impulso, que le valieron á su amo tan grandes triunfos, durante su primer ministerio. Era la primera vez que se iban á encontrar en Asia las dos grandes naciones musulmanas, los persas y los turcos; pero suspendamos por un momento la narracion del reinado de Mahomet II, para caracterizar al pueblo que queria disputar el Asia Menor á la raza de Othman. La enemistad innata en-

tre esas dos razas mahometanas fundada sobre un cisma existente en su fe común, y fomentada de continuo por ambiciones rivales y por prevenciones populares, forma parte de la historia de los turcos tanto como de la de los persas. Esa enemistad tan fatal á la raza de los otomanos como á la raza persa y árabe, fué lo único que salvó al Occidente de la invasion universal del islamismo. Diríase que el islamismo dividido al nacer por el cisma de los sectarios de Omar y de los sectarios de Alí, llevaba el germen de su debilidad en sus disensiones.

LIBRO DÉCIMO CUARTO

Los persas son un pueblo primitivo nacido de sí mismo en la cuna tenebrosa de las edades anti-históricas. A su primera aparición en la fábula ó en la historia, se presentan ya con ese carácter de alta civilización, de madurez y casi de decadencia política, moral y literaria que indica la estremada vejez de las naciones. Se les podría llamar los griegos y los italianos del Oriente. Todo data de ellos, y ellos no datan de nadie. La naturaleza, tanto como la civilización, les ha do-